

JAVIER SADABA
Filósofo. Miembro del Consejo Editorial de EL MUNDO



Sarajevo

SARAJEVO es, hoy, un símbolo. Un símbolo de guerra, de impotencia y de cobardía. Naturalmente existen, en este momento y en este mundo, más símbolos de lo mismo. Pero Sarajevo está cerca, en medio de Europa, con gente que nos es próxima. No se trata de reivindicar una ética de la cercanía o de privilegios para los parientes. Se trata, más bien, de recordar una ética de la responsabilidad. Y ésta enseña que lo que está a mano es lo primero que debe ser satisfecho. Es eso lo que permite dedicarse a uno mismo, antes que a cualquier otra cosa, sin, por eso, ser llamado egoísta. Y es eso lo que posibilita que exista un nacionalismo (la palabra siempre posee un aire excluyente o imaginario que habría que evitar) no sólo respetable sino a desarrollar. Si alguien tuviera alguna duda le recomendaría el escrito del filósofo E. Tugendhat, *Identidad: personal, nacional y universal*. Quien no es capaz de detenerse ante lo que tiene a la vista, difícilmente se conmoverá ante nada. Muchos de los llamados universalistas no hacen sino darse una coartada para no atender ni a lo de aquí ni a lo de allá.

INTERVENIR EN BOSNIA.— Desde esta perspectiva confieso que estoy deseando una intervención en Bosnia. Aunque provenga de los americanos. Aunque viole —una vez más— las leyes convencionales que regulan las relaciones internacionales. Lo dicho, sin embargo, se expone a tres objeciones. La primera cuestionaría cualquier intervención. La segunda que lo hagan, precisamente, los norteamericanos, por muy especialistas que sean en intervenir donde les guste. Y la tercera se preguntaría si está dentro de la lógica pacifista proponer una intervención armada en una determinada parte del mundo. Rápidamente voy a contestar a cada una de las tres objeciones.

La no intervención, vulnerando las soberanías de los Estados nacionales, es, a lo que parece, fruto de la lega-

lidad derivada, en algunos casos muy recientemente, del derecho internacional. Lo malo de dicho derecho no es que exista. Lo malo es que sacrifique la soberanía nacional. La soberanía nacional tiene una interpretación correcta cuando por ésta se entiende el derecho de los ciudadanos, de un pueblo o de una comunidad a decidir, de manera autónoma, el tipo de adscripción política respecto a otros ciudadanos o comunidades. Pero es un absurdo cuando se la coloca con un poder tan especial que dentro de un cierto espacio se puede matar, torturar o ejercitar todo ese tipo de lindezas que uno está harto de contemplar. Los derechos humanos, se fundamentan como se fundamenten y lleguen hasta donde lleguen, son mucho más importantes que la soberanía en cuestión.

S

i los americanos hacen que la gente no se mate en Bosnia, me alegraré. Aunque hagan más negocio que justicia. Aunque tenga que decirlo contra una parte de mí mismo

No matar está por encima de poseer éste o aquel trozo de tierra. Si existe algún derecho, éste debería asistir, ahora, a los bosnios. O para controlar a todos aquéllos que, en función de no se sabe qué, pueden, como sucede en las guerras, poner en juego su inconsciente más malvado. Por eso no

está de más la intervención. Es la no intervención la que está de menos si pensamos, además, que los Estados son más una ficción que el lugar en el que se cruzan las voluntades libres de los individuos.

Respecto a los americanos no me hago, desde luego, ninguna ilusión. Son ellos los que crean «ilusiones necesarias» en palabras de N. Chomsky. Ilusiones que sirven para entontecer y, al final, dominar. El sueño americano me parece más una pesadilla que un ideal y las operaciones (piénsese en la de Irak) que han realizado fuera de su país han sido si no para imponer el llamado orden mundial sí para acumular materias primas o contar con más cómplices en su dominio. La OTAN, por otro lado, es un cadáver hecho para asistir —¿habría que recordar con qué entusiasmo se entró en la OTAN y qué maravilla era estar en ella?—. Y España es un país que baila según la flauta que toque. A pesar de todo, si los americanos hacen que la gente no se mate en Bosnia, me alegraré. Aunque hagan más negocio que justicia. Aunque tenga que decirlo contra una parte de mí mismo. No es que me apunte al mal menor. Pero a lo mejor suena la flauta por casualidad. Y a lo mejor nos podemos dar un respiro por unos minutos.

PACIFISMO.— Hablemos, finalmente, del pacifismo. Contra los belicistas que, ingenuamente nos acusan de callar cuando, antes, protestábamos en la calle contra la guerra en Irak —¿sabrán de qué hablan?— hay que decir, una vez más, que el pacifismo no es encogerse de hombros ante el horror. El pacifismo no es catecismo. El pacifismo es una actitud racional que, en cada momento, valora los datos de una determinada situación. Es, sin duda, más fácil oponerse a una intervención que exigirla. Pero es inmoral tolerar la injusticia sin mover un dedo. Por eso no se puede tolerar que Serbia —o quien sea— entre en Sarajevo porque le dé la gana.

CONTRA LA CONFUSION

Un verdadero crimen

ANTONIO GARCIA-TREVIJANO

EL fracaso del Sistema Monetario Europeo nos hace pensar en el tipo de relación que guarda el poder político nacional con el dinero líquido internacional. Quisiera saber si el régimen de partidos fomenta la liquidez exterior del sistema económico, o si la colocación del dinero fuera de los canales financieros de la producción sólo responde a desconfianza en la capacidad de los Estados para mantener estables el gravamen fiscal y el valor de sus monedas. El hecho es que nunca se había producido, como ahora, tal acumulación dineraria en busca de agio monetario. Los Bancos emisores, al comprar o vender sus monedas por un orgullo político, han dado alas a las expectativas de especulación y han desnaturalizado la función del mercado cambiario. Es un crimen sin nombre que el Banco de España regale tres billones de pesetas a los agiotistas, para que cambien de opinión sobre el valor de nuestra moneda, y termine por darles razón devaluando la peseta. Las boberías en materia política, equivalentes a bribonías en la esfera moral, pueden llegar a ser delictivas. ¿Acaso no es un delito tipificado toda práctica dirigida a alterar el precio de las cosas en el mercado o a coaccionar la voluntad del Estado? El movimiento especulativo nunca había llegado a condicionar la política exterior de los Estados, porque nunca los Estados se habían comprometido a mantener la paridad artificial de sus monedas, como condición suspensiva de sus objetivos políticos.

Es la propia existencia del Sistema Monetario Europeo, y no la hostilidad financiera a la unidad de Europa, la que ha convocado a especular a todos los capitales del mundo en libertad de circulación. La razón es obvia. Si, para evitar el agio, no se anuncia la devaluación oficial de una moneda, no se puede pregonar un calendario de falsas paridades sin llamar a la especulación. La moneda única no debe ser etapa intermedia. O bien llega como producto del mercado, como breva de una higuera no obligada a madurar por decreto cuando no es tiempo de higos, o bien se crea por decisión política de los Estados europeos como aldabonazo a la puerta del Estado federal. Hace más de un año que anticipé, en conferencia sobre el futuro de Maastricht, lo que hoy está sucediendo. Bajo el título «Mercado versus Estado», presenté el tema como un combate entre «Poderoso Don Dinero» y «Doña Clase Política». Y lo terminé, invocando a Felipe el Bello contra «esta cofradía de templarios que consagra una economía financiera, con subempleo subvencionado, mediante altos intereses para la Banca, autonomía para los Bancos centrales y prohibición constitucional del déficit presupuestario para el Estado». La derrota del irrealismo de la «real-política» de los Estados, a manos del realismo de la «real-economía» de los mercados, añade al fracaso el acibar de la estúpida ironía. Haber inmolado un tesoro de reservas en aras de un Sistema cuya muerte estaba anunciada.

Pero lo que me llama la atención no es la trivialidad de esos aprendices de brujo, incapaces de controlar los mecanismos de especulación que ellos mismos han desencadenado, sino el paralelismo que se dibuja entre la crisis del Estado de partidos y la del Sistema Monetario Europeo, junto a la clara identidad de sus efectos: devaluación de poderes políticos sin autoridad moral y de monedas sin respaldo de las economías que simbolizan. El dinero y el poder, como todo lo que se parece por naturaleza, tienden a unirse en el gozo y en la pena de las mismas cosas. El desplome del mundo comunista, la reunificación alemana y la descomposición del régimen italiano han afectado de igual manera degenerativa al régimen de partidos en el Estado y al Sistema Monetario Europeo. Tanta coincidencia no puede ser fruto de los caprichos del azar. Parece, más bien, un claro indicio de la indeclinable subordinación del poder estatal al poder del dinero líquido. Este poder corrompe a los hombres de gobierno —sin pagar las comisiones que debe tributar el capital industrial— con el prestigio que atribuyen las economías deprimidas a las ideas de las instituciones representativas de la liquidez. Las opiniones interesadas de banqueros y demás agentes monetarios, compartidas por los gobernadores de los Bancos emisores, se convierten, a su paso por el alma esclava de economistas a sueldo, en los dogmas de la ortodoxia monetarista que otorga al capital financiero el dominio y los beneficios de la depresión empresarial.

YRPA

555 89 42
PUBLICIDAD GENERAL

Financieros / oficiales
prensa y boletines oficiales
ofertas de empleo, etc.

ANUNCIOS EN
EL MUNDO

DIVISION DE PEQUEÑOS ANUNCIOS
Y COMUNICACION DE EMPRESA
DE Y&R, S. A.

Raimundo Fdez. Villaverde, 65 - 9º
Edificio Windsor - 28003 Madrid
Tel. 556 31 13 - Fax 556 13 91

ANUNCIOS
EN EL MUNDO

FAX 593 30 14 y 448 00 03
Tls. 447 20 05 - 446 11 32

PUBLICIDAD SUPRA G.M. Iñez Campos, 2